

Editorial

· Vicealmirante Edgar Augusto Cely Núñez
Director Escuela Superior de Guerra

La transformación militar

Las transformaciones militares están en las agendas estatales desde el fin de la Guerra Fría. Ciertamente es que desde antes se veían venir los cambios por cuenta de la aplicación creciente de ciencia y tecnología a los equipos y a las formas organizacionales militares. Pero el fin del mundo bipolar ha significado replanteamientos en las concepciones mismas de la defensa y la seguridad en el mundo, en el diseño de las alianzas y en la transformación de las necesidades ante la aparición de amenazas nuevas. De la misma manera que la productividad creciente del trabajo impone una lógica de aumento proporcional del capital y disminución del volumen de mano de obra pero con calificación alta de ésta, en el mundo de lo militar se enfrenta idéntica necesidad: más y mejores equipos y menos pero mejores soldados. Atrás quedó la era de los ejércitos del industrialismo inicial, los surgidos de movilizaciones masivas, ejércitos de multitudes que imponían un costo social gravoso para los pueblos. Hoy la tecnología compensa el número y las necesidades de defensa, obligando a pensar en instrumentos flexibles, sofisticados, capaces de enfrentar diferentes tipos de amenazas y de operar en ambientes operacionales cambiantes, ya sea para hacer la guerra o para imponer y mantener la paz.

“El fin del mundo bipolar ha significado replanteamientos en las concepciones mismas de la defensa y la seguridad en el mundo, en el diseño de las alianzas y en la transformación de las necesidades ante la aparición de amenazas nuevas”.



“En las guerras del Medio Oriente se vio cómo los soldados salidos de sociedades equitativas y solidarias, con una adecuada capacitación, conscientes de su participación y de su aporte en la defensa, lo hicieron mejor en inferioridad de número, que las montoneras llevadas sin calificación al combate”.

Ha cambiado también el soldado. Ahora el mejor es el más educado y no sólo por la complejidad de las armas y los sistemas que maneja, sino por la calidad de las motivaciones que lo llevan a tomar la decisión de combatir. En las guerras del Medio Oriente se vio cómo los soldados salidos de sociedades equitativas y solidarias, con una adecuada capacitación, conscientes de su participación y de su aporte en la defensa, lo hicieron mejor en inferioridad de número, que las montoneras llevadas sin calificación al combate. En las Fuerzas del primer mundo se hizo evidente que el entrenamiento de un soldado moderno es tan complejo, que los sistemas de servicio militar impedían contar con combatientes aptos en los períodos del servicio y que se hacía necesaria la profesionalización de las tropas. Con la proscripción de la guerra como medio de resolver disputas, apareció la acción multilateral para impedirla y para preservar la paz. Con las llamadas “nuevas amenazas”, los militares entraron en problemas de seguridad inéditos exigiendo tareas tan novedosas y variadas como las amenazas mismas. En fin, el mundo se transformó y adquirió dinámicas impensadas una generación antes.

Una de las primeras consecuencias de los escenarios nuevos, fue la reducción del tamaño de las Fuerzas Armadas de las grandes potencias. Reducción compensada por la potencia de fuego, la precisión de las armas y la capacidad de movilidad de las Fuerzas. Otra, salida ésta de la complejidad técnica, es la introducción de formas de democracia decisional en la otrora rígida estructura militar, causadas por la necesidad de contar con equipos humanos de analistas, de expertos en sistemas informáticos y en matemáticas aplicadas, de ingenieros en materias variadas,

de científicos sociales y psicólogos, y en fin, de toda clase de especialistas ocupados de buena parte de los procesos de toma de decisiones que antes era competencia exclusiva de los comandantes, compelidos a hacerlo sobre la base de sus intuiciones y de los limitados datos disponibles, típicos de épocas pasadas.

En este panorama, Colombia pasa por una situación especial. Un conflicto viejo la obliga a permanecer en estadios que otros superaron. Volcados a la tarea de pacificar la sociedad, los militares colombianos deben conservar formas de ocupación del territorio y despliegues dispersos que ya no son corrientes allí donde la modernización militar implicó concentraciones de un nuevo tipo. Debe asegurar con un tamaño grande el control de territorio y su población. Sin embargo, la transformación militar debe pensarse desde ahora y establecer por anticipado las contingencias y peligros de

“El reto colombiano es mejorar su defensa y seguridad en los nuevos escenarios tanto externos como internos y, simultáneamente, asegurar la superación de los antiguos”.

la transición, en una situación de post-conflicto. El reto colombiano es mejorar su defensa y seguridad en los nuevos escenarios tanto externos como internos y, simultáneamente, asegurar la superación de los antiguos. Los criterios colombianos deben ser los de un proceso reflexivo y prudente, que tenga en cuenta los peligros que se corren en una primera etapa de paz. Que prime una escuela realista sobre imitaciones sin crítica. En suma, con previsión y con criterios propios. ✪